

ultraterreno por la buena conducta seguida en la vida terrenal, sí, al menos, el camino que nos conduzca a la dicha y bienaventuranza eternas:

«La bienaventuranza es la que esperamos: no la busquemos en este mundo, como los filósofos antiguos. No obstante, que en la Iglesia militar ay bienaventurados, pero todo va enderezado a la bienaventuranza futura; y no dirá que se llame humana, y deste mundo. Bien se declara esto en el Salmo que comienza: *Beati immaculati in uia qui ambulat in lege domini*. Caminantes que caminan por la ley del Señor limpiamente, bien se pueden llamar dichosos, y bienaventurados. A este fin apunta Epicteto»<sup>64</sup>.

En definitiva, el Brocense, siguiendo las corrientes estoica y cristiana, opina que la verdadera felicidad futura sólo consiste en llevar una vida terrena acorde con la filosofía estoica y la religión. Pues, como él mismo dice,

«la verdadera philosophia, como la religion, no promete honras, mandos, ni riquezas, que son cosas perecederas, y no están en nuestras manos, sino verdadera libertad y descanso»<sup>65</sup>.

MANUEL MAÑAS NUÑEZ  
Universidad de Extremadura

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 507.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 548, anotación al cap. XXI.

## Pinturas y dibujos de Joaquín Paredes Solís

La exposición celebrada en la Biblioteca Pública de Cáceres entre los días 17 y 29 de febrero de 1992 ofrece una excelente ocasión para acercarnos a la obra de un artista joven, con talento y con inquietud. Joaquín Paredes Solís ha presentado individualmente, por primera vez en nuestra ciudad, diecisiete pinturas y diez dibujos que constituyen un compendio de su proceso artístico y de sus aspiraciones en el terreno creativo desde 1987 hasta 1991. En estos cinco años emplea técnicas diferentes, empezando por una mixta sobre papel, en la que combina el óleo, el pastel, la acuarela y la tinta china, y terminando con el óleo también sobre papel. Esta evolución técnica corre paralela a un cambio en las características de su pintura e inclusive en la temática desarrollada. Con una gran capacidad para el dibujo, el pintor comienza sus composiciones basándose en la línea y en la geometría, en primer lugar, con divisiones básicas de verticales y horizontales y después con mayor predominio de oblicuas. Al mismo tiempo, el color, muy puro y brillante en sus inicios, se vuelve más oscuro y contrastado al mezclarse y juxtaponerse con otras tonalidades.

Todo esto es evidente en la serie dedicada a los toros, formada por ocho cuadros realizados con técnica mixta sobre papel, técnica que será abandonada posteriormente para afrontar un nuevo objetivo: la conquista del color a través del óleo. El artista inaugura así una etapa de búsqueda enfocada en el color, que es aplicado con pinceladas a veces muy densas, como consecuencia del uso de la espátula. Sus trazos se hacen rápidos y espontáneos, relegando el análisis a un segundo plano.

Prima entonces la fuerza cromática a través de unos tonos muy intensos y, en ocasiones, violentos, debio a su saturación y a sus combinaciones en esquemas que logran cierto choque visual en el espectador.

En cuanto a los temas, el pintor refleja una preferencia muy marcada por los taurinos, tratados en sus primeras producciones y repetidos más tarde en dos lienzos de 1991. Pero su interés también se orienta hacia el paisaje en obras como *Tempestad*, *Paisaje invernal* y *Un árbol solo*, o *Encuentro en el bosque*, *Flamencos*, y *Habitantes del desierto*, en los que incluye figuras. Asimismo, la naturaleza muerta está presente en *Jarrones*, y la filosofía y la geometría se revelan en *Alóse la materia* y *Estructura*, respectivamente.

Joaquín Paredes recurre a una serie de motivos que son constantes en algunos de sus cuadros, como se aprecia en los de asunto taurino. Prescinde de elementos ambientales para concentrarse en los protagonistas de la fiesta y de una manera gradual permite percibir las distintas fases de la corrida que, para él, cobran especial significado. Manteniendo siempre la figura del toro, se fija en su relación con el caballo y el picador, como se ve en *Picador* y en *Picador y Peto*, y después con el torero, con el que se establece un juego simbólico potenciado por la presencia del ajedrez y la ausencia de rostro en las figuras humanas. Según palabras del mismo autor, se quiere expresar cómo la razón, implícita en el torero, se enfrenta al instinto, propio del animal. La imagen del torero como lógica y orden se complementa con la del ajedrez, «juego-ciencia» que se opone a todo lo irracional. Para subrayar más este trasfondo, se eliminan las cabezas de los personajes, pues no interesa tanto personalizar en el hombre concreto como generalizar en la especie humana. El artista se sirve así del tema taurino para ir más allá del hecho que representa y reflexionar sobre la lucha constante entre razón e instinto, entre hombre y fiera, reflejada de forma más contundente en *Frente a frente*.

La concentración es máxima en las figuras y objetos plasmados en el papel, de tal manera que se suprime el espacio en donde se desenvuelven las escenas. Los personajes parecen estar aislados en un marco esencialmente geométrico que los oprime y, al mismo tiempo, los libera de su contexto habitual para pasar del terreno de la anécdota al de las ideas. Por ejemplo, en *Embestida* y en *Recibimiento* los juegos de líneas

que se cruzan y se multiplican constituyen el fondo del cuadro, siempre vivificado por el color. La composición se complica con la superposición de imágenes, que en *Recuerdos del maestro* nos ofrece al torero en plena faena y al torero victorioso con la oreja en la mano, al tiempo que empieza a disponer motivos sueltos, como el clavel en el mismo cuadro.

Cuando el pintor retoma más tarde el asunto de los toros su actitud ante el problema cambia de signo, pues establece un anexo entre el toreo y el azar, reflejado éste en los dados y destacando la incidencia de la suerte en el binomio vida-muerte que encierra el festejo taurino. El hombre, como ser espiritual, supone una preocupación para el artista, siempre en su relación con la materia, que él transforma alejándola del caos, como se puede comprobar en *Alóse la materia* y en *Un árbol solo*.

Todos los dibujos que completan la muestra están realizados con tinta china y pertenecen a ilustraciones de la publicación *Aguas Vivas*, del Colegio de Doctores y Licenciados de Cáceres. En ellos, Joaquín Paredes se recrea en el mundo de la literatura, muy cercano a él por sus frecuentes contactos y colaboraciones con escritores extremeños. Asimismo, es palpable su inclinación hacia el surrealismo, sobre todo en algunas imágenes que utiliza con un carácter onírico, como la luna, la mujer o el caballo.

En definitiva, las obras que hemos podido conocer y disfrutar son una gran primicia de todo lo que este artista puede seguir ofreciéndonos en los sucesivos, en ese afán incansable y renovado de expresar sus numerosas inquietudes filosóficas y culturales a través de su pintura.

M.<sup>a</sup> PILAR DE LA PEÑA GOMEZ  
Universidad de Extremadura



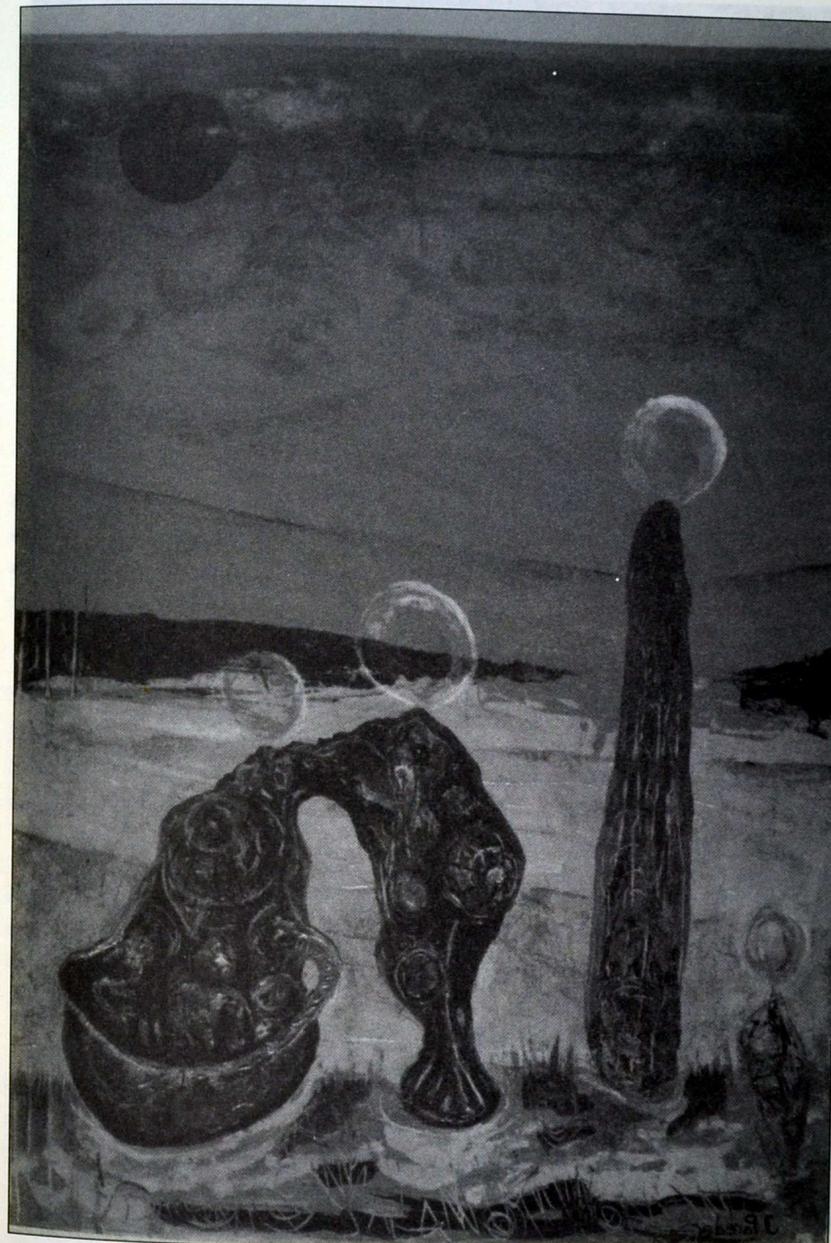
*Picador y peto, 1987.*



*Frente a frente, 1988*



*Alóse la materia, 1989.*



*Habitantes del desierto, 1990.*



Un árbol solo, 1991.

## El infarto

La radio-reloj-despertador, desde la alta llanura marmórea de la mesita de noche, dio el toque de alarma con las noticias de las cinco de la madrugada, que se reflejaban en rojo, pestañeando en la pantalla electrónica del receptor, mientras una lluvia pertinaz golpeaba los cristales.

El hombre se despertó y por no molestar a la esposa comenzó a vestirse en la semioscuridad de la alcoba. Por la ventana penetraba un haz enfermizo de luz humedecida del pobrísimo alumbrado callejero. Sabía dónde tenía sus cosas y no tenía necesidad de hacer correr más kilovatios en el contador loco.

Se sentía algo turbado y le latía al corazón como si padeciera una taquicardia irremediable. Siempre le ocurría algo parecido cuando tenía que emprender algún viaje. Se notó el pulso alterado, como si un potro cerril con trote anárquico se le hubiera introducido en la sangre y le recorriera las arterias.

Desconectó la alarma. A media voz emitían la situación del tiempo. El viento, en la calle, hacía remolinos con las sombras y aireaba las faldillas de los toldos y capotas de lona que guardaban aún el polvo del verano.

Tras asearse y coger una revista para entretenerse en el viaje, se despidió de la mujer y los hijos que, adormecidos, apenas percibieron el estado de ¿nerviosismo?, en que se encontraba.